Posó su mano en la cabeza de María.—Levántate, mujer! Tu recuerdo perdurará á través de los tiempos é irá unido al mío como el perfume del lirio á la flor.

El silencio reinó otra vez en la sala de aquella casa de Betania que se levanta sobre los tiempos bíblicos como el más encantador monumento de amor.

El paisaje que enmarcaba la gran ventana abierta se deshacía en la sombra. Ya no se distinguía ni el camino con el rebaño de cabras negras, ni la casita con su pórtico de hiedra, bajo el cual jugueteaba con el corderillo la jovencita de alba vestidura.

Blanqueaba entre los mirtos y las palmas la sepultura doméstica y Lázaro la contemplaba con su mirada llena de misterio.

Afuera se arrullaban las palomas, y una fuente se alejaba con el glu-glu quejumbroso que cantaba su agua.

El Rabí miraba caer las sombras sobre el campo. Había en su rostro una dulzura infinita como si su alma gustase de algo exquisito, inmensamente bello y delicado.

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

¡Cristo ha muerto!

—Esa gente sufre y calla, Fermín, porque las enseñanzas que heredaron de sus antecesores son más fuertes que sus cóleras. Pasan descalzos y hambrientos ante la imagen de Cristo; les dicen que murió por ellos, y el rebaño miserable no piensa en que han trascurrido siglos sin cumplirse nada de lo que aquél prometió. Todavía las hembras, con el femenil sentimentalismo que lo espera todo de lo sobrenatural, admiran sus ojos que no ven, y aguardan una palabra de su boca, muda para siempre por el más colosal de los fracasos. Hay que gritarles: «No pidáis á los muertos: secad vuestras lágrimas para buscar en los vivos el remedio de vuestros males».

Salvatierra se exaltaba, elevando su voz en el silencio del crepúsculo. El sol se había ocultado, dejando sobre la ciudad una aureola de incendio. Por la parte de la sierra destacábase en un cielo de color de violeta la primera estrella anunciadora de la noche. El revolucionario la miraba, como si fuese el astro que había de guiar hacia más amplios horizontes la muchedumbre del llanto y del dolor; la estrella de la Justicia, alumbrando pálida é indecisa la lenta partida de los rebeldes, y agrandándose hasta convertirse en un sol, así como se aproximaban á ella, escalando alturas, aplastando privilegios, derribando dioses.

Los grandes ensueños de la Poesía acudían á la memoria de Salvatierra y hablaba de ellos á su acompañante con la voz trémula y sorda de un profeta en plena visión.

Un estremecimiento de las entrañas de la tierra había conmovido un día al mundo antiguo. Los árboles gimieron en los bosques, agitando sus melenas de hojas, como plañideras desesperadas; un viento fúnebre rizó los lagos y la superficie azul y luminosa del mar clásico que había arrullado durante siglos en las playas griegas los diálogos de los poetas y los filósofos. Un lamento de muerte rasgó el espacio, llegando á los oídos de todos los hombres. «*El gran Pan ha muerto...!*» Las sirenas se sumergieron para siempre en las glaucas profundidades, las ninfas huyeron despavoridas á las entrañas de la tierra para no volver jamás, y los templos, blancos, que cantaban como himnos de mármol la alegría de la vida bajo el torrente de